

Esta proporción es de una evidencia práctica. La Religión recibe en este concepto de la experiencia la justificación mas admirable. Y sin embargo, ¡qué cosa mas maravillosa, y que lleve mas impreso el carácter divino, que un culto que es á un tiempo mismo lo que mas se relaciona con la inocencia mas pura, y lo que mas se relaciona con la criminalidad mas profunda! Esto es lo que vemos en María, *Reina de los Angeles y Refugio de los pecadores*.

¿Qué inocencia ni qué pureza hay que no se aproveche del culto de María, de esta Virgen Inmaculada, Jardín cerrado que embalsamó la misma Santidad de Dios con su Flor, y de donde exhala sus perfumes en el mundo? El Angel no tiene gerarquía, dominación ni trono tan elevado, que no se humille ante ella, y que no proclame que *es elevada en santidad sobre el Serafin, mas que se eleva este sobre toda la milicia celeste* (1). En fin, por la afinidad espiritual que le dá con su Dios la operación corporal que hizo fuese Hijo suyo, *confina*, dice el Angel de la escuela, *con la Divinidad: SUA OPERATIONE FINES DIVINITATIS PROPINQUIUS ATTINGIT* (2).

He aquí á la Virgen de las vírgenes, cuya influencia hace germinar y crecer tantas flores de justicia y de santidad en la Iglesia, por la gracia que la ha colmado entre todas las criaturas, y que rebosa y se derrama de su seno en los cristianos. De aquí esas cofradías, esos coros de vírgenes y de niños que se agrupan en todas partes al pié de los altares de María, que vienen incesantemente á empaparse en su culto, y cuya pureza espresan en la candidez de su alma y la ingenuidad de sus cánticos.

Pues bien, este mismo culto, es el culto propio de los pecadores mas abandonados. Es el último de que el alma se desprende en sus desvíos; es el primero á que recurre en su arrepentimiento. Cuando el pecador ha dejado á Dios y hasta á Jesucristo, pertenece aun á la religión por María, por alguna señal de sus devociones, que todavía lleva consigo, por alguna plegaria que todavía se atreve á dirigirle; lazo débil,

(1) Gerson, tract., 4. *Super Magnificat*.

(2) DIV. THOM., 1, p. 9, 25. A. b.

que conservándolo, lo volverá á traer al buen camino. Por pura que sea María, no es mas que una criatura, es mujer, es Madre: se identifica á los recuerdos del corazón con la madre que le ha enseñado su culto á la edad de niño; todo esto mantiene tambien este culto en los desórdenes de la vida, como una chispa de recuerdo y de esperanza, que quizá llegue un día á ser un foco de santidad. Y cuando se acerca ese día bendito, ¿quién ayuda á la reconciliación, si no es asimismo María? ¿Cómo presentarse á Dios despues de tantas ofensas? El mismo Salvador, Jesucristo, aun cuando sea hombre y se haya revestido en sus parábolas de las mas consoladoras y mas halagüeñas significaciones de misericordia y de dulzura, no puede disipar todo temor. El carácter de Juez que en El existe, atemoriza al pecador; y así conviene que sea, para que no llegue la confianza á engendrar la presunción. Mas lo que conviene tambien, es que no se convierta el temor en desesperación; es que María verifique esta transición, y se manifieste la primera, ó mas bien, que Dios se manifieste por ella al pecador, como se manifestó al mundo; es que por el patrocinio omnipotente de la Madre de Jesus, el mas temeroso *adquiera confianza*, como dice San Efrem, *hasta la audacia*.

Esto es lo que se vé todos los días, y lo que vale á la Iglesia y á la sociedad tantas conversiones, tantos regresos á la virtud.

El culto de María es de esta manera á un tiempo mismo culto del inocente y culto del criminal. Esto se explica admirablemente. La misericordia que reclama el pecador, reclama tambien la intercesión de la inocencia, para aplacar á la justicia que la contiene, pero de una inocencia que no tenga derecho de justicia, pues sin esto, seria tambien contenida á su vez por las exigencias de este atributo. Cuanto mas pura é inmaculada es María, no teniendo por otra parte ningun derecho de justicia, se halla, por consiguiente, tanto mas en situación de *abogar* por la misericordia. No hay duda que solo pertenece á la Justicia Suprema *conceder* la misericordia: por lo que la misericordia que se nos alcanza por María no es mas que la misericordia de Dios que adquirieron los méritos de Jesucristo. Mas como en el mismo Jesucristo aparece esta mez-

clada aun de justicia, se ha atribuido su *dispensacion* á María para acrecimiento de su misericordia, á fin de que nada nos impidiese solicitarla y esperarla, y que la justicia de parte de Dios y la confianza de parte del hombre, fuesen igualmente preparadas y gobernadas por esta admirable mediación. Por otra parte, María no hace en esto mas que continuar el oficio de su divina Maternidad, por la cual *apareció en el mundo la Benignidad de Dios Nuestro Señor* (1). Ella fué colmada la primera de la misericordia y de la gracia, solamente para ser su dispensadora y ministra; y la gracia insigne de su Concepcion Inmaculada la eleva sobre la naturaleza decaída para ponerla en mejor situacion de auxiliar á esta. María fué *concebida sin pecado* para ser el *Refugio de los pecadores*.

V. La quinta armonía del culto de la Virgen se descubre en que este culto es á la vez el del contemplativo y el del solitario: el culto del hombre de accion y de sociedad.

En efecto, es el culto del cenobita y del religioso, cuya soledad puebla con todos los coros de los Angeles que acompañan á su Reina; cuya austeridad templá con toda la dulzura de la Virgindad llena de gracia; y cuyas tentaciones aparta con toda la pureza de Aquella que huella con sus piés á la serpiente. En el próximo capítulo volveremos sobre estos datos. Basta aquí enunciarlos para el objeto que nos proponemos. No es esto, en efecto, lo que causa admiracion, porque es muy natural que el culto de la Reina del cielo y de la Virgen sea el culto propio de aquellos que son contemplativos y castos.

Mas ¿cómo es que este mismo culto es igualmente el culto del misionero ejercitando el apostolado; el culto del marino en la tempestad y del soldado en la batalla; el de la soltera y del soltero en medio de las seducciones del mundo y de todos los escollos de la sociedad?

Mucho habria que decir sobre todas estas armonías del culto de la Virgen. Nos concretaremos á una ó dos ideas generales.

(1) Tito, III, 12.

En la humanidad reformada por el Cristianismo, el hombre es eminentemente religioso, y el religioso no por eso es menos hombre. La gracia, digámoslo siempre, no destruye nada y lo concilia todo. Ella gobierna los instintos de la naturaleza bajo el sayal del trapense y del cartujo, y las inspiraciones de la naturaleza celestial bajo la armadura del soldado y el atavío del hombre de sociedad. Pues bien, el culto de la Virgen corresponde á estas dos necesidades, en cuanto que es á un tiempo mismo, ya lo mas humano que hay en la Religion, ya lo mas celeste que hay en la naturaleza, y como el medio de union del hombre y de Dios: *Dios con nosotros*. De aquí dos concordancias en el culto de la Virgen-Madre y del Niño-Dios. El religioso encuentra en él el resumen de la naturaleza humana santificada, y el seglar el compendio de la religion humanizada. Así, lo que hay de *humano* en María, y por ella en el Hijo de Dios, lo que recuerda la infancia, la familia, la madre y las impresiones mas puras de la humanidad, templá el rigor y aromatiza la soledad del religioso; y lo que hay de celeste, de virginal, de *divino* en este mismo culto, corrige la disipacion y santifica la accion del seglar. Estos temperamentos y estas concordancias de la naturaleza y de la gracia, que revelan tan perfectamente á su comun Autor, y del que nos ofrece el Hombre-Dios la perfeccion adorable, han permanecido siendo el privilegio de los católicos. El Protestantismo los ha falsificado, enorgulleciendo al hombre y rebajando la idea Dios; y ha llegado á desconocerlos, hasta hacer un cargo al Catolicismo por estos caracteres de la verdadera Religion.

A la esplicacion que acabamos de dar de la doble conveniencia del culto de la Virgen para el religioso y el seglar, se puede añadir esta: que el alto carácter de *Maternidad* impreso en María, Madre del Redentor y de toda la familia de los redimidos, la constituye, además, en el seno de la humanidad, como una verdadera Madre, con relacion á una familia de hijos que han abrazado profesiones diversas. Ella les sigue en cada una de sus carreras, por opuestas que sean, y les comunica auxilios y gracias adaptadas á su situacion respectiva; ella comprende sus necesidades, cualquiera que sea su natu-

raleza; ella oye sus llamamientos de cualquier parte que vengan; les inspira á todos una misma confianza: y en fin, es siempre igualmente Madre, aunque lo es de diverso modo.

Queriendo la Providencia humillarse al alcance del hombre, ¿podria manifestarse por un instrumento mas espresivo á la vez y mas trasparente? Digo mas trasparente, porque en todas estas aplicaciones del culto de María, lo que está en juego es su *intercesion*.

Su Maternidad no tiene mas poder que el de *alcanzar*, y descubrir por lo tanto la mano del Soberano Dador, de quien es ella misma la mas favorecida, y á quien glorifica la primera por todo cuanto recibió de El.

VI. El culto de María, hemos dicho además, es el culto propio del pueblo y del humilde, y el culto propio de los soberanos y de los grandes.

María es del pueblo. Hija de un pastor de Judea, esposa de un pobre carpintero, pare en un pesebre. El Hijo que dá á luz es un Dios; pero un Dios, no solamente que se ha hecho hombre, sino que se ha hecho pobre, para ser el Dios de los pobres. Por esto la humanidad y la *humildad de su sierva* le han valido la gracia de llegar á ser Madre suya. Fiel á esta gracia, ella queda asociada á la suerte de este Dios humillado, para humillarlo al parecer mas. Unos pastores son los primeros llamados á honrar su Maternidad, adorando al Niño que ella les presenta. Inmediatamente despues, ella lo lleva al templo, para consagrarlo en él con el humilde sacrificio de dos palomas. Huye con él á Egipto, para sustraerle del furor de un rey, y no vuelve al humilde pueblo de Nazaret sino para dejarlo olvidado en la oscuridad con que lo oculta hasta los treinta y tres años. Cuando El se dá á conocer con los prodigios de sus milagros y de su doctrina, ella desaparece entre la multitud del pueblo que le sigue y que la impide llegar á él. Cuando El muere en el mas infame suplicio, ella recibe toda esta ignominia y participa de todo su horror postrada al pié de su cadalso. Finalmente, no se habla mas de ella sino para decir que vivia asociada á los Apóstoles, llamados de entre el bajo pueblo, y mas particularmente á Juan el barquero.

Concibese, pues, que el culto de la mujer sea el culto de predileccion del pobre y del humilde, porque en ella y por ella triunfó en el universo la causa del pobre y del humilde. Así, su cántico de triunfo, el *Magnificat*, es el cántico libertador del humilde contra el soberbio, del pequeño contra el grande, del pobre contra el rico. «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque El ha mirado la *bajexa* de su sierva. El ha desplegado la fuerza de su brazo; ha confundido á los soberbios y disipado los designios de su corazon; ha derrocado del trono á los poderosos, y ha exaltado á los humildes; ha llenado de bienes á los que carecian de ellos, y ha despedido á los ricos con las manos vacías.»

El destino del culto de María ha correspondido perfectamente á este oráculo y á esta inauguracion. Es el culto popular por escelencia. Por el libre concurso y el anhelo espontáneo de los pueblos, se le han erigido los templos mas famosos; y por espléndido que sea su culto en ellos, es todavia menos ferviente que en esas multitudes de santuarios humildes, en donde la invoca la miseria humana bajo todos los nombres que corresponden á sus necesidades. El pueblo es siempre el que acude mas diligente alrededor de la Santísima Virgen, y apenas deja lugar á los grandes para que se acerquen á ella. De todo hace el pueblo un altar para la *buena Virgen*. La humilde choza vé brillar su dulce imagen ahumada por la incuria de los mismos cuyas penas consuela: un lienzo de pared, el hueco de una encina, un otero de césped, todo lo que hay de mas sencillo y humilde basta para honrarla y espresar tanto mejor la confianza popular que la invoca.

Y sin embargo, este mismo culto es al mismo tiempo el culto por escelencia de los soberanos y de los grandes. No se habla sino de reino, sino de corona, sino de trono, sino de poder, sino de victoria, sino de gloria, sino de grandeza y de honor en el destino y en el culto de María.

María, de la estirpe de David, y de aquel Salomon que habia deslumbrado el Oriente con el brillo de su poderío, recibe el homenaje de un Angel que le anuncia un Hijo, cuya grandeza eclipsará la de sus abuelos: «El será grande, y se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de

David su padre, y su reino no tendrá fin (1).» La gloria de María acompaña, y aun precede á la de su Hijo, por quien la tiene, y del cual es como la aurora. El Mensajero del Señor la saluda llena ya de gracia y bendita entre todas las mujeres; colma con el honor de su visita á Isabel, que la proclama Bienaventurada por haber creído aquella grandeza que le ha sido predicha. Ella misma, en la conciencia de *las grandes cosas* que le ha hecho el Todopoderoso, profetiza el culto de que será objeto en todos los siglos venideros. Apenas ha dado á luz el Fruto bendito de su vientre, cuando se turban los reyes y emperadores (2), como á la venida del *Rey* (3) que ha de someterlos á su dominio universal, y vienen á abdicar sus coronas á sus piés los reyes del Oriente. El culto de la Maternidad divina de María es desde entonces el culto de los reyes: porque la dignidad de los reyes era quien le tributaba aquel culto en la persona de los Magos, como la pobreza en la de los pastores. Unos y otros no eran mas que la cabeza de estas dos condiciones extremas de la humanidad regenerada por el Cristianismo. María estaba asociada en esto al destino de Jesucristo; ella lo estuvo hasta el fin, hasta la Cruz, cuya ignominia y dolores no fueron para ella como para El mas que el camino de su gloria (4).

Así, para que el culto de María fuese en esto propio y distinto, á pesar de estar enteramente asociado al de su Hijo, recibió en su gloriosa Asuncion una institucion especial. *Elevada por los Angeles á la celestial mansion, en donde está el Rey de los reyes sentado sobre un trono esmaltado de estrellas*, ella ha sido entronizada en él como *Reina y Señora* de todos los reinos. De esta elevacion que domina, no solamente á los reyes de la tierra, sino á los Tronos, á las Dominaciones, á las Potestades y á los mismos Principados del cielo, recibe los homenajes de todas las soberanías y les sirve

(1) Luc., I, 32.

(2) Mat., II, 3.

(3) Mat., II, 2.

(4) ¿No era necesario que el Cristo padeciese y así entrase en su gloria? Luc., XXIV, 26.

con su crédito para con *Aquel que tiene en lo mas alto de los cielos las riendas de todos los imperios*. Por esto su culto es inferior verdaderamente al de su Hijo, que ella realza con sus intercesiones; pero por esto mismo es distinto de aquel, y constituye especialmente para María un culto propio de invocacion y de recurso que le vale los homenajes y los votos de todas las Potestades. Los emperadores y los reyes se conducen respecto de María del mismo modo que sus vasallos respecto de los ministros de sus gracias. Hácense sus cortesanos para obtener por ella la gracia del Rey de los reyes; y como estas gracias son gracias de reino y de gobierno, ellas apoyan en cierto modo su autoridad en su sumision para con María, y hacen de su culto el paladion de sus Coronas y de sus Estados.

Así es como el culto de María es eminentemente el culto de los reyes, tanto como de los pueblos, y como toda su historia, desde Constantino hasta Luis XIII, hasta Napoleon nos lo representa bajo este doble aspecto. Su cifra y su imágen brillan en las decoraciones de los grandes como sobre el sayal y los harapos del pobre: el cetro y la muleta se cruzan al pié de sus altares.

Además de las razones particulares que hemos dado de cada una de estas propiedades del culto de María, hay una razon general que manifiesta la relacion de todas ellas. Es la relacion de la humildad de María con su gloria. Ella es la mas humilde de todas las criaturas, y por esto es su culto el culto de los humildes; pero por lo mismo que es la mas humilde, es tambien la mas glorificada y la mas poderosa, y por esto su culto es el de los grandes.

Esta razon es muy sencilla, pero por lo mismo es mas maravillosa.

VII. Finalmente, el culto de María es el culto propio de cada nacionalidad, y el culto propio del género humano.

Puede decirse de María lo que se ha dicho de su Hijo: *todas las naciones le han sido dadas en herencia*. Pero lo que es mas particularmente admirable, es que cada nacion, á pesar de la profunda diversidad de costumbres, de clima, de

destinos que la distingue, honra á María, no con un culto comun y general, sino con un culto propio y *nacional*.—Que el culto de María haya sido el culto entusiasta del imperio del Oriente, se concibe segun las costumbres y los destinos de aquel imperio; pero que haya sido en igual grado el culto de los pueblos nuevos, de esas razas francas, sajonas, normandas, godas, que han venido con costumbres y destinos enteramente opuestos, he aquí una cosa que sorprende. En la multitud tan diversa de establecimientos y nacionalidades que estos pueblos han fundado en Europa, que cada uno de ellos haya tomado para con María igual devocion, y que haya gravitado igualmente hácia su culto; que la Inglaterra, la Francia, la España, el Portugal, la Polonia, la Dinamarca, la Hungría, la Alemania, la Italia, la Sicilia, que cada uno de estos reinos haya fundado su gloria en ser la nacion favorecida mas particularmente de María; que no haya en ellas, por decirlo así, un acontecimiento público y nacional, una batalla, una empresa, una constitucion, cuyo buen resultado no se haya fundado sobre un *voto* hecho á María, y que no haya dejado, de esta devocion nacional é histórica, monumentos que cubren todavía su suelo, ó huellas que todavía se ven por todas partes, en las crónicas, en los archivos: he aquí lo que es verdaderamente maravilloso. Finalmente, que á la hora en que estamos, sea el culto de María la devocion del Napolitano y del Moscovita, del Español y del Dálmata, del Canadano y del Francés, del Brasileño y del Maronita, en una palabra, de todos los antipodas, y que en todas partes sea nacional, en todas partes local; he aquí lo que no puede ser obra sino de Dios.

Evidentemente hay aquí algo que domina al hombre. Y al mismo tiempo que es María la Patrona nacional de cada pueblo, es tambien la Patrona general del género humano. La fraternidad universal, cuyo primer manantial, emponzoñado por la mancha original de la antigua Eva, que habia producido, desde la primera pareja de hermanos, la desunion fratricida de las razas y de las naciones, ha sido reconstituida en la nueva Eva, Madre del Viviente y de los vivientes, á quienes une con su integridad virginal. Esta

grande y bella nocion de *Humanidad*, de *Fraternidad* y de *Familia*, estendida á todo el género humano, de la cual estamos tan penetrados, y que á cada instante viene á ejercerse en nuestras ideas y en nuestras costumbres, no tiene otro principio ni otro alimento. Ordinariamente decimos: *todos somos hermanos en Jesucristo*. ¿Qué significa esto, sino que todos somos *hijos de María*, como somos todos *hijos de Dios*? Nuestra comun fraternidad gira sobre esta doble filiacion, como sobre sus dos polos, puesto que reposa sobre el Cristo como sobre su eje, y el Cristo es el Hijo de María y el Hijo de Dios. Y aun solo en cuanto es Hijo de María y *hecho de la mujer*, nos eleva á la *adopcion de hijos de Dios*. Por consiguiente, esta filiacion y la fraternidad cristiana que á ella nos eleva, tiene su principio inicial en la Maternidad Virginal de María. El culto de esta augusta Maternidad hace así de todo el género humano una familia, y le inspira la fraternidad. Lo que hemos reconocido sobre la influencia de este culto en los individuos, en la familia, en la sociedad, en las diversas condiciones de la sociedad y en cada nacion del globo, se aplica por consiguiente á todo el globo y á toda la raza humana. María ejerce sobre todo el género humano una influencia general y especial; general, en cuanto se estiende á todos los hombres; especial, en cuanto es distinta de la que ejerce sobre las naciones, sobre las sociedades, sobre las familias y sobre los individuos, y en cuanto es propia del género humano como género humano.

En esto consiste, si se quiere, la principal influencia de la Maternidad de María. Ella es, antes de todo, Madre y Patrona del género humano. Este es su inmediato ministerio, y solo como tal es Madre y Patrona de los grupos secundarios que lo componen. Todos los misterios en que ha tomado parte, la Encarnacion, la Visitacion, la Natividad, la Presentacion, la Redencion, han tenido por objeto el género humano. Tambien se le dá el nombre genérico de Eva. Por esto tambien todas las espresiones de su culto comprenden la humanidad entera, y tienen su proporcion universal.

Este culto de la Virgen-Madre, comprendiendo á toda la familia humana desde el principio hasta el fin de los siglos,

interesándola en su Maternidad, agrupándola alrededor de una cuna, dándole un Salvador, á quien ella cria al través de todas las vicisitudes de la pobreza, al que ofrece en sacrificio para la Redencion universal, y de cuya gloria sabe ella tambien participar, para asistirnos desde allí con su maternal proteccion; este culto, repito, es tambien lo que hay de mas poderoso y mas tierno para atraer á la humanidad en todas sus situaciones, y hacerle cumplir su destino, porque él opera con toda la fuerza de la Caridad divina al través del corazon de una Madre.

Tales son las armonías del culto de la Santísima Virgen en sus relaciones con todas las diversas condiciones de la vida humana. Estas pocas páginas darian de sí para un volumen de esplanaciones. Hemos debido ceñirnos y limitarnos á describir los manantiales. De ellas resulta la justificacion del culto de María, con tal plenitud de razon y de verdad, que bastaria á probar la Religion entera.

Pero la influencia de María en la Iglesia y en el mundo no debe ser considerada solamente en el individuo, en la familia, en la sociedad y en las diversas condiciones de la vida humana; es preciso verla tambien en las instituciones cristianas, que influyen tan poderosamente sobre la constitucion, la vida y el progreso del género humano.

---

## CAPITULO VI.

**Influencia del culto de la Virgen sobre las instituciones cristianas.—  
Órdenes religiosos.—Institutos y Congregaciones.—Obras de caridad  
y de beneficencia.**

María vive en todo, en la Iglesia y en el mundo. Por consiguiente, seria preciso estudiarlo todo, explorar lo todo, para apreciar esta vida prodigiosa de la humilde Virgen de Nazaret, elevada á la altura de Madre de Dios y Patrona del género humano. Esta tarea es superior á nuestras fuerzas; su inmensidad nos abruma. No podemos hacer mas que arrojar algunos pensamientos en ese abismo, sin esperar llenarlo jamás. Al menos habremos dado alguna idea de su estension y de su profundidad.

¡Qué ideas no dispierta, por ejemplo, el titulo de este nuevo estudio!

¿Qué han sido las órdenes religiosas en la formacion del mundo moderno? ¿Qué son las asociaciones, las congregaciones, las obras de caridad y de beneficencia en su existencia actual y en su evolucion hácia el porvenir? La respuesta á estas cuestiones deberá remontar á esta: ¿cuál es la influencia del culto de la Virgen? Porque de tal modo concurre el culto de la Virgen á la vida de estas instituciones, que todo cuanto ellas son y todo cuanto hacen, debe atribuirsele, no como al principio, sino como al medio *vital* de su existencia y de su accion.

1. No tenemos que hacer la apología de las órdenes religiosas, y de los servicios que ellas han prestado á la sociedad